

Repertorio Americano

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

Vol. XLIX

San José, Costa Rica

1957

Abril - Mayo

Nº 14

Año Nº 36.— 1177

Homenaje de la Universidad de Montevideo a Gabriela Mistral

UN DISCURSO

de Carlos SABAT ERCASTY

(En Rep. Amer.)

Estimado García Monge: Le remito, por si puede caber en su inolvidable **REPERTORIO**, este discurso pronunciado por mi en el Salón de Actos de la Universidad de Montevideo, en el acto de homenaje tributado a GABRIELA el día 14 de Febrero con motivo de su llorado fallecimiento, acto que fué presidido por Don Carlos Vaz Ferreira, a sus ochenta y cuatro años de edad. Fué un homenaje emocionante. Un abrazo de C. SABAT ERCASTY.

¿Quién fue esta muerta poderosa, quién es aún, por la supervivencia de sus creaciones, por el árbol de música y llanto de amor y de fuego que levantó desde su sagrada carne, quién es esta heroína del canto que nos reúne aquí cual una hoguera en la soledad del campo que convocase a todas las almas lejanas para formar en su torno una rueda de espíritus, llegados para beber la luz y el calor? Esta fue una voz, y aún es una voz. Esta fue una herida que sangraba llamas, un cuerpo de la tierra que movía estrellas, una mano que vertía trigo de dioses en los surcos humanos de América, un dolor redimido en el sacrificio de la bondad, una sombra trágica, que por lentas y difíciles purificaciones, levantó la gracia sobre el horror, y fue sembrándose flores a medida que la primavera se le iba haciendo otoño.

Una voz alta, una voz sublime de tenaces catarsis, una voz, que sin negar el limo de sus oscuros orígenes, por un angélico movimiento ascensional, culmina en un toque de astros, para luego verse, triturados todos los egoísmos, sobre el desamparo de las almas. Y una voz así es siempre un mensaje, el verbo de un elegido.

Tal, señores, la voz de Gabriela Mistral.

Hay en ella una derecho de ejemplo, un tránsito hacia arriba que va agitando los horizontes. Y esa voz fue sangre, se formó en el drama de una vida dolorosa, fue golpeada como bronce y hierro en los yunques del ser. Fue un dón, una dádiva de la naturaleza. Se incrustó en el vientre de la madre. Trajo la rancia de la espontaneidad, la emanación de las fuentes, madres de ríos, y la



Gabriela Mistral

insistencia y el ritmo de las olas, arquitectas de océanos. Mas ella, Gabriela Mistral, la dueña imperiosa de esa voz, le reforzó los timbres, le ahuecó y extendió los ecos hacia adentro, en los pulsos del corazón, le trabajó la vida, la empapó en la vida, la obligó a los tonos más auténticos de la sinceridad, la quemó en crisoles de amor, la hizo crecer con su propio crecimiento, como se hace más ancha la sombra de un árbol a medida que el tronco se irgue y las ramas se abren conquistando espacio. No la utilizó hasta el arpegiado arabesco, ni la alambicó en los refinamientos del artificio, ni le vendó las palabras sangrientas para disimularles el ímpetu, ni la limó pulcramente hasta nevar sobre el fuego, ni le afelpó el rugido, ni le eligió los pétalos más delicados, dejando que el cardo fuera cardo y el espino fuera espino, con tanto derecho como la rosa es rosa y azucena la azucena.

Bien pudo decir Gabriela como dijo Darío de sí mismo en su mejor momento: "Si hay un alma sincera, esa es la mía". De ahí la sangre que mencioné, de ahí la sangre que para el artista ex-

presó la poeta chilena, como si recogiese en su rojo pecho las afirmaciones de Carlyle y Nietzsche, cuando el primero, hablando del poeta de la Divina Comedia, expresaba: "Su libro, como por lo demás lo son todos los buenos libros, fue escrito, en muchos sentidos, con sangre de su propio corazón". Y en cuanto al segundo, al tremendo vate de Zarathustra, manifestaba en uno de sus cantos: "De todo lo escrito no me gusta más que lo que uno escribe con la sangre. Escribe con la sangre, y aprenderás que la sangre es espíritu". Y Gabriela cierra con su afirmación este triángulo vitalista de un arte que se da emanando sangre, cuando, como si se definiera a sí misma, exclama: "Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas", o, con otras palabras, "darás tu obra como se da un hijo, restando sangre de tu corazón". No, restando alma del alma; no, restando luz de la frente; no, restando estremecimientos de los nervios; no, lo que exige Gabriela es mucho más vital. Tiene el rojo y purpúreo del licor de la vida: la sangre! Y es que la boca sola miente, el cerebro se enfría y palidecen las ideas en la dialéctica, las sensaciones se abisman en el error o en la apariencia; mas la sangre sólo puede decir la verdad! Es la vida misma, que sólo se detiene y deja de ser vida, para sumergirse en la muerte, cuando la sangre deja de serlo porque también se detiene.

¿De dónde provino ese vitalismo estético de Gabriela? Por de pronto, su rasgo predominante, el que da fuego y emoción a su carácter, es la intensidad. No algo aprendido, no algo escuchado de ningún labio, no algo que transmitan libros y maestros. No. La intensidad viene con la sangre misma. Está trenzada a las médulas y anudada a los músculos. Es como una energía tensa añadida a la voluntad vital. Entre mil rocas, hay siempre una de mayor cohesión y de mayor resistencia. Entre mil estrellas, hay siempre una más brillante y deslumbrante. Entre mil olas, hay siempre